

---

# CINCO UTOPIÁS Y MEDIA

---

Steven Weinberg

Tomado de *The Atlantic Monthly*, enero de 2000. Versión completa de la adaptación publicada en *Lecturas Dominicales*, 21 de mayo de 2000. Traducción de Luis E. Guarín. *Cuadernos de Economía* agradece a Jorge Restrepo y a Luis E. Guarín por autorizar su publicación.

Solía leer mucha ciencia ficción cuando era niño. Aunque desde muy temprano supe que iba a ser un científico, lo que me interesaba en la ciencia ficción no era la ciencia sino la visión de sociedades futuras que, para bien o para mal, iban a ser radicalmente diferentes de la nuestra. Esto me llevó de la ciencia ficción a la literatura utópica, a la *República* de Platón, a la *Utopía* de Tomás Moro, a *Mirando atrás*, de Edward Bellamy y también a las antiutopías, *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley y a *1984*, de George Orwell. En los últimos años me he interesado más en otras cosas, pero ahora, cuando empezamos un nuevo milenio, es natural comenzar a pensar de nuevo qué clases de utopías o de antiutopías nos puede deparar el futuro.

Al final del siglo anterior hubo mucha especulación de este tipo. Los personajes de *Tres hermanas*, de Chéjov (escrita hace exactamente cien años) parecen cautivos de sueños utópicos. Por ejemplo, el coronel Vershinin, en el Acto II:

En un siglo o dos, o en un milenio, la gente vivirá de una nueva manera, una manera más feliz. No estaremos allí para verlo pero es por lo que vivimos, por lo que trabajamos. Es por lo que sufrimos. Lo estamos creando. Ese es el propósito de nuestra existencia. La única felicidad que podemos concebir es trabajar en pos de ese fin.

Las esperanzas de Vershinin no se cumplieron muy bien en este siglo. La idea utópica más influyente en los siglos XIX y XX fue el socialismo, que fracasó en todas partes. Bajo la bandera del socialismo, la Rusia de Stalin y la China de Mao no brindaron utopías sino horribles antiutopías. Es irónico que en el apogeo del pensamiento utópico, en el siglo XIX, Marx despreciara el pensamiento utópico y pretendiera estar guiado por la ciencia de la historia. Claro que no hay ciencia de la historia, pero eso no

viene al caso. Aunque aceptáramos que algún tipo de gobierno o de economía fuera históricamente inevitable, como Marx creía que sería el comunismo, no podríamos deducir que nos gustara. Si Marx hubiera sido un utópico honesto y hubiera aceptado su responsabilidad cuando describió la sociedad que quería crear, habría quedado más claro desde el comienzo que ese esfuerzo concluiría en el despotismo. La Alemania de Hitler también comenzó con una retórica utópica: el socialismo combinado con la visión maníaca de una raza superior.

Aun así, no creo que hayamos visto la última oleada de utopías. De hecho, en el debate público se discuten cinco tipos de utopías no socialistas (en diversas combinaciones). Sería bueno prestar atención a quién las vende; cada una de esas visiones abandona una o varias de las grandes causas —igualdad, libertad y calidad de la vida y el trabajo— que motivaron las mejores utopías del pasado.

## LA UTOPIA DEL MERCADO LIBRE

*Las barreras del gobierno a la libre empresa desaparecen. Los gobiernos pierden la mayoría de sus funciones y sólo sirven para castigar los delitos, hacer cumplir los contratos y garantizar la defensa nacional. Libre de restricciones artificiales, el mundo se industrializa y prospera.*

Esta utopía tiene la ventaja de que no depende de ningún presunto perfeccionamiento de la naturaleza humana, pero eso no significa que nos tenga que gustar. En aras de la discusión, digamos que *algo* (¿la productividad?, ¿el producto interno bruto?, ¿la eficiencia de Pareto?) es llevado al máximo por el libre mercado. Sea lo que sea, aún resta decidir si eso es lo que queremos.

Es claro que el libre mercado no maximiza la igualdad. No me refiero al pálido sustituto de la igualdad que se conoce como igualdad de oportunidades sino a la igualdad en sí misma. Cualesquiera que sean los propósitos que se logren premiando a los talentosos, nunca entendí por qué la gente que no es talentosa es menos merecedora de las cosas buenas de la vida. Es difícil saber cómo se puede promover la igualdad, y cómo proporcionar una red de seguridad para quienes de otro modo descenderían al submundo de la economía, a menos que el gobierno intervenga los mercados.

No todos han atribuido un alto valor a la igualdad. Platón no le concedió mucha utilidad, sobre todo después de que la democracia ateniense condenó a su héroe, Sócrates. Explicó la rígida estratificación de su Repúbli-

ca comparando la sociedad con el alma humana: los guardianes (custodios y tutores) son la parte racional; los soldados, el vigor corporal, y los campesinos y artesanos, las potencias inferiores. No sé si le interesaba más el yo como metáfora del Estado, o el Estado como metáfora del yo, en todo caso, tan cándidas analogías sirvieron durante dos milenios para apuntalar explicaciones muy simplistas.

Con el transcurso del tiempo, el sueño de la igualdad creció hasta convertirse en un elemento emocional que daba impulso al pensamiento utópico. Cuando los campesinos y artesanos se rebelaron contra el feudalismo en 1381, su lema fue el dístico de John Ball en *Blackheath*: "Cuando Adán araba y Eva tejía, ¿quién era de mejor condición social?". La Revolución Francesa adoptó el objetivo de igualdad junto con los de libertad y fraternidad; Luis Felipe, duque de Orleans, deseando ganarse a los jacobinos, cambió su nombre por Felipe-Igualdad. (Ni su nuevo nombre ni su voto por la ejecución de Luis XVI salvaron del terror al duque, quien se unió con el Rey y otros miles en la igualdad de la guillotina). El propósito central de los socialistas y anarquistas de los siglos XIX y XX fue eliminar la desigual distribución de la riqueza. Bellamy continuó *Mirando atrás* con un libro titulado, simplemente, *Igualdad*. Qué cruel broma que en el siglo XX la pasión por la igualdad haya servido para justificar estados comunistas en los que todos los individuos quedaron reducidos a la igualdad de la pobreza. Todos. Excepto un pequeño grupo de políticos y celebridades, que con sus familias fueron los únicos en tener acceso a buena vivienda, comida y drogas. El igualitarismo es quizás el aspecto del pensamiento utópico más desacreditado por el fracaso del comunismo. Hoy, es probable que procesen a cualquiera que pida una distribución igualitaria de la riqueza, por incitar a la lucha de clases.

Aunque alguna desigualdad es inevitable. Todos saben que sólo pocas personas pueden ser concertistas, gerentes, o lanzadores de las ligas mayores. En la Francia revolucionaria, el ideal igualitario pronto dio paso a la carrera abierta al talento. Se decía que todo soldado del ejército napoleónico llevaba en su mochila un bastón de mariscal, pero nadie esperaba que muchos tuvieran la oportunidad de usarlo. En cuanto a mí, rechazaría cualquier propuesta de que fuera menos exigente al elegir estudiantes e investigadores para el departamento de física donde trabajo. Pero las desigualdades de título, fama y autoridad, que surgen inexorablemente de las desigualdades de talento, son poderosos acicates de la ambición. ¿Es necesario añadir escandalosas desigualdades de riqueza a esos incentivos?

Esta pregunta no se puede responder con consideraciones puramente económicas. Los economistas dicen que la remuneración desigual cumple importantes funciones; así como los precios desiguales de los diversos alimentos sirven para asignar recursos a la producción de lo que la gente quiere comer, la diferente retribución al trabajo y al capital ubica a la gente en su empleo y su dinero en inversiones de mayor importancia. La diferencia entre estas desigualdades estriba en que los precios relativos del trigo y el centeno no importan por sí mismos, sólo cumplen la función de ajustar la producción y los recursos. Pero cualesquiera que sean sus efectos, la gran desigualdad de la riqueza es, en sí misma, un mal social que envenena la vida de millones de seres humanos.

Quienes se criaron en circunstancias cómodas tienen dificultades para entenderlo. Llamamos 'política de la envidia' a cualquier intento de reducir la desigualdad. Quizá el mejor lugar para que los acaudalados perciban el daño que causa la desigualdad sea la literatura estadounidense porque Estados Unidos llevó a que el mundo convirtiera la riqueza en el principal determinante de clase. Este daño es descrito, conmovedoramente, en las novelas de Theodore Dreiser, quien se crió en la pobreza durante la Edad de Oro, cuando la desigualdad de la riqueza en Estados Unidos llegó al máximo. O en la historia de Willa Cather, *El caso de Paul*, donde el anhelo frustrado de Paul por llevar la vida de los ricos lo hace renunciar a su monótona vida a cambio de algunos días de boato.

La civilización es algo que el mercado tampoco maximiza. Por 'civilización' entiendo no sólo los museos de arte y la ópera, sino toda la gama de bienes públicos y privados que no sólo existen para conservarnos vivos, sino para infundir calidad a nuestra vida. Cualquiera puede confeccionar su propia lista; para mí, la civilización incluye las emisoras de música clásica y las adorables ciudades antiguas. No incluye el telemercadeo ni Las Vegas. La civilización es elitista; sólo ocasionalmente coincide con el gusto público y por esta razón no prospera si no se apoya con sacrificios individuales o acciones de gobierno, bien sea en forma de subsidios, regulaciones o política tributaria.

El aspecto de la civilización que me preocupa como profesional es la investigación científica básica, en cuanto búsqueda de las leyes fundamentales de la naturaleza, de los orígenes del universo o de la vida: investigación que no se puede justificar por beneficios económicos. Junto con todas las cosas buenas que han llegado con la apertura de Europa del Este, vemos la devastación de establecimientos científicos que no pro-

ducían lucro. En Estados Unidos, la apertura del mercado de la industria telefónica ha llevado al desmantelamiento casi total de la ciencia pura en los Laboratorios Bell, que figuraban entre los más importantes del mundo en investigación científica privada.

Quizá valdría la pena dejar que la igualdad y la civilización aprovechen sus posibilidades en el mercado libre si a cambio pudiésemos esperar que el debilitamiento del gobierno sirviera de garantía contra la opresión. Pero ésa es una ilusión. Para muchos estadounidenses, el peligro de la tiranía acecha no en los gobiernos sino en los patronos, las compañías de seguros o las organizaciones para el cuidado de la salud, entidades de las que necesitamos que el gobierno nos proteja. Afirmar que un trabajador tiene libertad de escapar de un patrón opresivo consiguiendo otro empleo es tan realista como decir que un ciudadano es libre de escapar de un gobierno dictatorial con la emigración.

### LA MEJOR Y MÁS INTELIGENTE UTOPIA

*Los asuntos públicos se dejan en manos de una clase de dirigentes bien educados e inteligentes.*

Esta era la visión de Platón. En *La República* y otros diálogos describió una sociedad jerarquizada de campesinos y soldados, gobernados por una clase de 'guardianes' criados eugenésicamente; en *Critias* imaginó que ésa fue la constitución de la antigua Atenas, que rigió hasta la guerra con Atlántida. Hoy, Lee Kuan Yew, exministro de Singapur, dice que sólo una élite, conformada por el tres o el cinco por ciento de lo mejor de una sociedad puede gobernar con eficiencia. Los gobernantes de la República Popular China estarían de acuerdo, aunque supongo que el tres por ciento les parecería exagerado. Aun países democráticos como Francia y Japón reclutan sus poderosas burocracias en instituciones especiales: las grandes *Écoles* y la Universidad de Tokio.

La pretensión de Lee Kuan Yew y otros acerca de la eficiencia de las tecnocracias del 'modelo asiático' es poco convincente después de la catástrofe económica del Sudeste Asiático. Ya Amartya Sen y otros economistas sostenían que los gobiernos autoritarios generalmente no tienen un mejor desempeño económico que los democráticos y, de hecho, pueden estar más expuestos al riesgo de una catástrofe. Pero el gobierno de una élite tiene inconvenientes aún peores.

Como señaló Tocqueville, aunque se pudiera confiar en que el gobierno de una élite fuera eficiente y tuviera espíritu cívico, tendría el efecto de convertir a los ciudadanos en niños. Ya aprendimos que un gobierno así no es confiable. Detrás de todo Marco Aurelio hay un pariente enloquecido, a la manera de Cómodo, que acecha tras el poder.

Nunca ha habido una élite gobernante, en ninguna época, que al final no dé prioridad a sus intereses. No sirve elegir la élite de algún segmento especial de la sociedad. Atacando al marxismo, Bakunin señaló que sería imposible llevar los trabajadores al gobierno porque dejarían de ser trabajadores para convertirse en gobernantes. Bellamy argumentaba, como otros socialistas, que los sindicatos serían inútiles cuando los medios de producción se entregaran al ejército industrial porque los trabajadores serían dueños de sus fábricas. Este argumento no fue corroborado por la experiencia en la URSS. No hay razón para pensar que una élite gobernante de dirigentes laborales se comporte mejor. A H. G. Wells y a otros utopistas se les ocurrió poner los asuntos públicos en manos de los científicos, pero conozco demasiado bien a mis colegas para que eso me entusiasme. En vez de gobernar, la mayoría de los científicos harían mejor consagrándose a su investigación. Conozco muchos departamentos de física cuyos miembros compiten por el privilegio de no ser el jefe. Aún así, no he visto la menor señal de que los científicos gobiernen a un país mejor que cualquier otra persona.

El poder no está a salvo en manos de ninguna élite y tampoco en manos del pueblo. Eliminar todas las restricciones en la democracia directa sería someter la minoría a la tiranía de la mayoría. Si no fuera por la intervención de una élite judicial, es posible que la mayoría estuviera exigiendo la segregación racial y quizá exigiendo sesiones de oración en las escuelas públicas. La mayoría ha aceptado la conformidad religiosa impuesta por el Estado en Argel, Afganistán y otros países islámicos.

¿Cuál es entonces la solución? ¿En quién podemos confiar para que ejerza la autoridad? W. S. Gilbert propuso una solución admirablemente sencilla. En la ópera *Savoy Utopia, Limited*, el Rey ejerce todo el poder, pero corre el peligro de ser entregado al Ejecutor Público por Dos Sabios, que dicen:

Nuestro deber es espiar  
los ilícitos del rey,  
y mantener ojo avizor  
sobre sus excentricidades.

Si alguna vez intenta una picardía,  
 con visos de deshonestidad  
 por nuestro decreto muere  
 sin la menor formalidad.<sup>1</sup>

Tenemos que aceptar que en el mundo real no hay solución y que no podemos confiar en ningún otro. Lo mejor que podemos esperar es que el poder se difunda ampliamente entre muchos gobiernos y entidades privadas opuestas y que algunos de estos elementos se alíen para contrarrestar las usurpaciones de otros, como ocurre en gran medida en Estados Unidos.

## LA UTOPIA RELIGIOSA

*Un renacimiento religioso barre la tierra y echa atrás la secularización que se inició con la Ilustración. Muchos países siguen el ejemplo de Irán y aceptan religiosos como gobernantes. Estados Unidos retorna a sus raíces de país cristiano. La investigación científica y la enseñanza sólo se permiten en cuanto no contradigan las creencias religiosas.*

Es difícil pensar que la religión sea la solución para los problemas del mundo. Los pueblos se han enfrentado encarnizadamente por diferencias religiosas a lo largo de la historia, una triste realidad que aún sufren Irlanda, los Balcanes, el Medio Oriente, Sudán y la India. Pero luchar por diferencias religiosas no es tan grave como la imposición de la uniformidad religiosa. De todas las élites opresoras, la más peligrosa es la que enarbola la religión. Su poder es mayor porque amenaza con castigos en éste y en el otro mundo, y su influencia es más profunda porque se entromete en asuntos que se deben dejar a la elección privada, como el sexo o la vida familiar. En nuestra época, hemos visto los resultados de las utopías basadas en la uniformidad religiosa en Irán, Arabia Saudita y Afganistán, donde las mujeres padecen graves limitaciones y la guerra santa se predica a los niños.

Los lectores religiosos pueden objetar que, en estos casos, el daño obedece a las perversiones de la religión y no a la religión en sí misma. Pero las guerras y persecuciones religiosas han sido el centro de la vida religiosa en toda la historia. ¿Qué ha cambiado para que, en algunas partes,

---

1 Our duty is to spy / Upon our King's illicities, / And keep a watchful eye / On all his eccentricities. / If ever a trick he tries / That savours of rascality, / At our decree he dies / Without the least formality.



éstas hoy parezcan simples perversiones del credo religioso? ¿Ha habido una nueva revelación sobrenatural o el descubrimiento de escrituras sagradas perdidas que den nueva luz sobre la religión? No. Pero, en cambio, desde la *Ilustración* se han difundido la racionalidad y el humanismo, los que a su vez han afectado las creencias religiosas y aumentado la tolerancia religiosa. No es que la religión haya mejorado nuestra actitud moral sino que el perfeccionamiento secular de nuestros valores morales ha mejorado la manera de practicar la religión. Las personas pueden ser o no religiosas, por sus propias creencias y no por la ilusión de que la religión eleva el nivel moral de la sociedad.

### LA UTOPIA VERDE

*El mundo se aparta de la industrialización y regresa a un estilo de vida más sencillo. Pequeñas comunidades cultivan sus alimentos, construyen sus casas y sus muebles con sus propias manos y utilizan la electricidad sólo en cuanto es generada por el sol, el viento o el agua.*

Este es el tipo de utopía más frecuente en la literatura contemporánea, por ejemplo, en la ciencia ficción de Ursula Le Guin. Pero los escritores actuales tienden a ubicar sus utopías en otros planetas. Nadie ha descrito una utopía rural, aquí en la tierra, mejor que William Morris en 1890, en *Noticias de ningún lugar* (cuyo título hace eco a *Utopía*, de Moro, que quizá provenga del griego *eu topos*, buen lugar, o de *ou topos*, en ninguna parte. Esta acepción también fue recogida por Butler en *Erewhon* (1872), *Nowhere*, en ninguna parte, escrito al revés: excepto que muestra cuán difícil es ser perfecto). En la Inglaterra del futuro, de Morris, Hammersmith y Kensington son de nuevo pueblos pequeños; el gobierno nacional se ha vuelto innecesario y el Parlamento sirve para almacenar abono. Morris presenta una encantadora descripción de un paisaje sin contaminación, que su héroe observa a lo largo de viaje en barca de remos desde Londres hasta la cabecera del Támesis. Todo esto es muy lindo, aunque extrañaríamos el Londres urbano.

Es usual que quienes no tienen que trabajar duro idealicen el trabajo duro, especialmente las labores agrícolas. Enrique V, de Shakespeare, imagina que nadie duerme tan bien como el campesino,

quien, con cuerpo lleno y mente despejada, llega a descansar, satisfecho con penoso pan; nunca ve la horrible noche, hija del infierno, sino que, como un lacayo, desde el amanecer hasta el ocaso, suda a la vista de Febo y toda la noche duerme en el Elíseo; al

día siguiente, después del alba, se levanta y ayuda a Hiperión con su caballo, y así sigue todo el año, que nunca se detiene, con provechosa labor, hasta la tumba.<sup>2</sup>

Dudo que un campesino de carne y hueso vea el trabajo agrícola de esa manera. Según Mel Brooks, "Es mejor ser rey."

Algunos utopistas —como Wells, en *El mundo liberado*— querrían restaurar el entorno natural del pasado y mantener los beneficios de la tecnología, gracias a una reducción radical de la población. Esto es injusto para todos aquellos que no podrían disfrutar la utopía, porque aún no han nacido. Otros, como Morris, imaginan que una utopía no tecnológica podría sostener la población actual. No lo creo, pero si así fuese, me opongo a que renunciemos a la tecnología que produce desfibriladores cardíacos y aceleradores de partículas. En realidad, Morris nos engaña. Se refiere a cierta 'fuerza' que nos ayuda a hacer el trabajo necesario que no se puede hacer a mano; ¿pero cómo puede existir esa fuerza sin disponer de una industria?

La hostilidad contra la tecnología también produce hostilidad contra la ciencia, que recibe un estímulo adicional por lo que la ciencia revela acerca del mundo. El estadista y poeta checo Václav Havel dijo en un discurso en el Salón de la Independencia de Filadelfia, el 4 de julio de 1994, que "no somos tan sólo una anomalía accidental: estamos misteriosamente conectados con todo el universo." Clamó por "una ciencia nueva... posmoderna". Una de las cosas que a Havel le gustaría incluir en esta nueva ciencia es la hipótesis Gaia, según la cual la tierra y los seres vivos forman un solo organismo. Si esa hipótesis no es más que una forma poética de expresar el hecho obvio de que la vida y su medio interactúan, es entonces un disparate místico, pero con el grato matiz Verde que le gusta a Havel. Seleccionar las partes reconfortantes de la ciencia y condenar el resto es historia antigua. Los habitantes de la futura Inglaterra, en *Noticias de ninguna parte*, se dedican a un tipo de ciencia, de la que Morris sólo dice que es diferente de la ciencia 'comercial' del siglo XIX, lo que es un sorprendente calificativo para la ciencia de Darwin y James Clerk Maxwell. Uno se queda con la impresión de que la labor de la

---

2 Who with a body fill'd and vacant mind Gets / him to rest, cramm'd with distressful bread; / Never sees horrid night, the child of hell, / But, like a lackey, from the rise to set / Sweats in the eye of Phoebus and all night / Sleeps in Elysium; next day after dawn, / Doth rise and help Hyperion to his horse, / And follows so the ever-running year, With / profitable labour, to his grave.

ciencia en la utopía de Morris se limita a recoger piedras y mariposas hermosas.

## LA UTOPIA TECNOLÓGICA

*El desarrollo de la informática, la robótica, los materiales sintéticos y la biotecnología incrementa la productividad, hasta tal punto que la inquietud por la distribución de la riqueza se torna irrelevante. También las fronteras nacionales, cuando el mundo se conecte con una red de fibra óptica.*

Existe una tendencia a exagerar el ritmo al que la tecnología cambia nuestras vidas. Aún falta un año para el 2001, pero dudo que la visión de vuelos comerciales a la luna, de Arthur C. Clark, se cumpla para entonces. La tecnología alcanza cimas más allá de las cuales no vale la pena mejorarla aún más. La experiencia de los vuelos comerciales no ha cambiado desde el Boeing 707, hace 40 años (el Concorde es la excepción que confirma la regla: jamás recuperó los costos de desarrollo). La tecnología de computadores no ha alcanzado su cima, pero ya la alcanzará: quizá cuando la miniaturización de los dispositivos alcance los límites que impone el tamaño finito de los átomos. Las tecnologías exitosas también tienden a autolimitarse cuando están al alcance de toda la población. Dudo que hoy sea posible atravesar Manhattan más rápido en automóvil que en un tranvía tirado por caballos hace un siglo. Internet ya comienza a presentar los efectos de la saturación. Me estremece pensar en dos mil millones de equipos de aire acondicionado en China e India que disipan su calor y contribuyen a calentar la atmósfera del planeta.

Sin embargo, no importa cuándo, las nuevas tecnologías producirán cambios inevitables en nuestra vida. Y lejos de llevarnos a la utopía, algunos parecen aterradores. La tecnología nos da capacidad para destruir el medio ambiente. Así mismo, no puedo imaginar algo más opuesto al sentido común de casi todos los pueblos del mundo que una tecnología médica que alargue la juventud durante varias décadas pero que sólo esté al alcance de los muy ricos.

Surgiría el problema de qué hacer cuando la tecnología libere del trabajo a la mayoría. Como enseñó Freud, nuestras mayores necesidades son el amor y el trabajo. El trabajo nos da sentido de identidad y la dignidad de ganarnos la vida, y es nuestra principal razón para salir de casa. En *La máquina se detiene*, E. M. Foster imaginó un mundo confortable donde las personas viven aisladas dentro de una máquina que cuida de ellos. Sus

vidas son tan horribles que el lector descansa cuando el título se vuelve realidad.

Algunos utopistas imaginan que el problema del trabajo se resolverá por sí mismo. Wells sugirió vagamente que cuando la tecnología produjera la abundancia universal todos serían artistas, y Bellamy pensó que cuando los trabajadores se pensionaran a los 45 años, muchos se dedicarían a las artes o las ciencias. No se me ocurre ningún medio mejor para generalizar la miseria. Aun los amantes del arte apenas alcanzan a leer la nueva literatura, a escuchar la música nueva o a contemplar la nueva pintura, y cuando intentan seleccionar lo mejor, coinciden en las mismas obras. Cualquiera que sea el disfrute que les depare su propia obra, la mayoría de los escritores, compositores, pintores y escultores pasarían la vida sin tener noticias de las obras ajenas. Igual pasa con los científicos. Hoy, es imposible que un físico lea todos los artículos de cualquier área especializada, de modo que la mayoría de los artículos sobre física teórica se olvidan muy pronto.

Morris excluyó la tecnología de su utopía porque estaba enamorado de la Edad Media y porque quería preservar el trabajo para ocupar a las personas. Aunque la tecnología ha hecho que el trabajo sea más insatisfactorio para muchos, creo que Morris se equivocó al suponer que esto era inevitable. La acción repetitiva, sin mayor reflexión, que torna tan odiosa la labor rutinaria de las líneas de montaje, es justamente lo que permitirá que esas labores sean realizadas por máquinas. La tecnología mejora los oficios, desde la mecánica automotriz hasta la astronáutica. Pero nada garantiza que su avance proporcione a todas las personas el trabajo que les gusta y, a corto plazo, convierte a los subempleados en desempleados.

Una de las cosas que seduce de las utopías tecnológicas es la perspectiva de un mundo unificado. En la utopía de Wells, *El mundo liberado*, las fronteras nacionales han desaparecido; hay un gobierno mundial poderoso, un solo idioma universal (el inglés, por supuesto), a escala mundial el planeta ha adoptado el sistema métrico decimal y monedas convertibles con tasas de cambio fijas. En *Mirando atrás*, de Bellamy, los Estados Unidos aún subsisten, pero sus ciudadanos buscan la unificación del mundo. Los físicos (que inventaron la Red Mundial) ya participan en una versión anticipada de la unificación general. A través del mundo, compartimos un código tipográfico para los símbolos matemáticos, que se conoce como TeX, basado en el inglés. Hace poco hice un trabajo de teoría cuántica en

colaboración con un físico catalán que estaba de visita en Kyoto; enviamos y recibimos nuestras ecuaciones por correo electrónico, entre Texas y Japón, en TeX.

No estoy tan seguro de que la unificación mundial sea una bendición químicamente pura. Encoge el espacio psicológico en que vivimos. Hace cien años, grandes áreas del mapa estaban en blanco y la imaginación podía llenarlas con pueblos y animales desconocidos. Ni siquiera la Reina Victoria que, según se dice, intentaba probar todas las frutas del Imperio Británico, comió jamás un mango ni un durián (un fruto de las Indias Orientales). Hoy podemos volar a cualquier parte y comprar mangos en el supermercado cercano. Esta no es mi concepción de la utopía. ¿No sería más emocionante comer un mango si sólo se pudiera comer en la India? ¿Qué tiene de bueno de llegar a cualquier lugar rápidamente si no difiere del que se deja?

Aquí está en juego algo más que la diversión de viajar para el que pueda hacerlo. Aisladas por las diferencias del idioma y las fronteras nacionales, todas las culturas del planeta representan un vínculo precioso con el pasado y una oportunidad para la creación intelectual y artística propia. Todas ellas están en peligro a medida que se avanza hacia la unificación mundial.

Ahora que he dicho cosas duras acerca de cinco tipos diferentes de utopía, ¿qué puedo proponer? Nada de soluciones fáciles. No hay fórmulas simples que digan cómo lograr el equilibrio entre los peligros de las élites gobernantes y los del gobierno de la mayoría y del mercado libre, o entre las oportunidades y los riesgos de la nueva tecnología. No puedo dejar de ofrecer mi propia visión, pero es muy modesta.

## LA UTOPIA CAPITALISTA CIVILIZADA E IGUALITARIA

*La mayor parte de la producción se mantiene en manos de corporaciones privadas que compiten entre sí, supervisadas por un gobierno democrático fiscalizado por tribunales independientes; esas corporaciones siguen recurriendo a altos salarios, al estatus y la autoridad, para atraer trabajadores y gerentes con talento, y a los dividendos para atraer capital. Quienes reciben altos ingresos sólo pueden mantener una parte; para evitar que el resto se vaya en impuestos, donan gran parte a museos, universidades y otras instituciones de su elección, y obtienen beneficios que van desde la satisfacción moral hasta asientos en la ópera. Esas entidades sin ánimo de lucro invierten las donaciones en empresas comerciales y con el tiempo sustituyen a los ricos como propietarios de las corporaciones industriales.*

¿No muy original? No, es de hecho el desarrollo natural de algunas tendencias actuales. Las instituciones sin ánimo de lucro constituyen el sector de la economía estadounidense de más rápido crecimiento de los últimos quince años. Pero la marea de la política estadounidense hoy parece fluir en dirección opuesta. Estamos renunciando a nuestras mejores armas contra la desigualdad: el impuesto de renta progresivo, que grava todas las formas de ingreso y se complementa con el impuesto a las herencias. Un impuesto de renta estrictamente progresivo, si se acompaña con deducciones generosas a los aportes de caridad, tiene otra virtud: equivale a un subsidio público a los museos, orquestas, hospitales, universidades, investigación y entidades de beneficencia de diversa índole, sin someterlos al control del gobierno. Es paradójico que la deducción de las contribuciones de caridad haya sido atacada, en todo o en parte, por conservadores como Steve Forbes y Herbert Stein, aunque ésta haya sido la forma estadounidense típica de lograr el apoyo del gobierno a los valores de la civilización, sin incrementar su poder.

No propongo esta modesta utopía con mucho fervor, porque dudo que hombres y mujeres queden satisfechos con una vida individualista de amor y trabajo y libertad e igualdad. Los seres humanos también parecen necesitar una empresa colectiva emocionante que, así sea destructiva, los saque de la rutina diaria de la vida civilizada.

La vida individualista de los propietarios europeos de comienzos del siglo XX era tan placentera como es posible imaginar: vivían en un mundo de elegantes cafés, teatros, casas campestres y en un ambiente rural casi inexplorado; mujeres y criados respetuosos velaban por su comodidad; y para quienes se interesaban en la ciencia y el arte había innovaciones emocionantes. Pese a todo, hay testimonios de que muchos se veían afectados por tal aburrimiento y desconcierto que cuando partieron a la Gran Guerra, en 1914, se sentían como "nadadores que se lanzan a aguas sanadoras". Hoy, la guerra se ha tornado intolerable. Quizás algún día encontremos una mejor causa común en la colonización del sistema solar, pero eso está muy lejos, y aun entonces la mayoría se quedará aquí, sobre la tierra.

¿Podemos cambiar lo suficiente para quedar satisfechos con una sociedad civilizada? El sueño conductista y marxista de cambiar la naturaleza humana me parece la peor exageración de la capacidad de la ciencia. En *Tres hermanas*, Chéjov hace que el Barón Tuzenbach replique a los sueños utópicos de Vershinin:

Quizá volemos en globos, el corte de las chaquetas sea diferente, descubramos un sexto sentido y lo desarrollemos... No lo sé. Pero la vida será igual: difícil, llena de incógnitas y feliz. Dentro de mil años, igual que hoy, la gente suspirará y dirá, ¡Oh, cuán duro es vivir! Todavía la aterrará la muerte y no querrá morir.

En el nuevo milenio, podemos compartir algunas de las esperanzas utópicas de Vershinin, pero cuando toque juzgar las posibilidades de un cambio real de la forma en que vivimos, sin duda la mayoría estará de acuerdo con Tuzenbach.